

## DEL AMOR CORTÉS AL SEXO SIN AMOR

JOSÉ MARÍA MORA MONTES

### 1. Amor cortés

Los estudiosos de esta materia (Ortega,1926, Denis de Rougemont, 1938, García Gual,1982, Alvar,1982, Hendrick y Hendrick,1988, entre otros), están de acuerdo en un hecho que tiene lugar a finales del siglo XII y principios del XIII en la corte medieval francesa: tal es la aparición del llamado “*amor cortés*”, que surge como un producto de los trovadores provenzales que van a exaltar la pasión amorosa de un mancebo por la mujer casada, realizando así una feroz crítica del matrimonio convencional, defendido por la Iglesia y sus más eximios representantes. Al respecto, Carlos Yela (2000) escribió: “*aun siendo en el fondo espiritual y religioso, el amor cortés surge contra las costumbres feudales y eclesiásticas tradicionales, las cuales equiparaban el concepto de mujer al de hembra, madre y esposa fiel (sexual y religiosamente). Con el amor cortés, la mujer pasa a ser <<objeto de culto>>*”. Eran pasiones idealistas, definidas por el servicio a la amada, la castidad y las proezas. La señora amada correspondía con intensas emociones, siempre conflictivas y ambivalentes.

Su aparición se relaciona con la herejía cátara albigense del s. XII y XIII, que causó honda perturbación en el orden religioso, político y social. En las guerras llamadas de los albigenses (1176–1253) intervinieron el pueblo llano, los señores feudales, el alto clero, muy relajado en lo que debía ser una vida austera y virtuosa, los reyes de Francia, el Papa y las órdenes religiosas mendicantes, que velaban por la integridad del dogma y la pureza de las costumbres. Estos herejes se declararon contra los sacramentos, las ceremonias y la disciplina eclesiástica; predicaron que no debían pagarse los diezmos y condenaron a todos los eclesiásticos que poseían bienes de

alguna consideración. Más que un conjunto de errores definidos lo que les animaba era una oposición a la Iglesia Católica. Fueron condenados en el concilio de Albi (1176) de donde les vino el nombre. En las provincias meridionales de Francia es donde la herejía alcanzó mayores adeptos, siendo Pedro de Bruys una de sus figuras más representativas, con sus predicaciones en Aquitania, donde hizo destruir altares e iglesias por considerarlos innecesarios.

La reina Leonor de Aquitania, esposa de Luis VII, contribuyó decisivamente a la divulgación de estos amores. Sus dos hijas casaron respectivamente con los condes de Troyes y de Blois y en sus refinadas y brillantes cortes se ensalzó la pujanza del amor entre esforzados caballeros y bellísimas damas. El capellán Andreas Capellanus dedicó a María de Champaña, una de las hijas de Leonor, un trabajo de corte teórico, "*Tractatus de Amore*", en el que critica el amor conyugal, falto de libertad, imposible de darse entre esposos, al tiempo que alaba el amor adúltero, arriesgado y valeroso. Los trovadores provenzales cantaron este tipo de amor que pronto se extendió al resto de las cortes europeas. Los conocidos torneos medievales, en algunos de sus rituales, fueron expresión de estos amores galantes y cortesanos. Las damas entregaban una prenda a los caballeros que entraban en liza, y el vencedor correspondía luego ofreciéndoles su triunfo.

La leyenda de Tristán e Isolda, que surge en el siglo XII, es un ejemplo de esta clase de amor:

Tristán, sobrino del rey de Cornwall, viaja a Irlanda, para traer consigo a Isolda, la prometida de su tío, el rey Marcos. En el barco en el que regresan, beben por equivocación un filtro amoroso que les provoca un intenso e imperecedero amor. Cometten adulterio y son presa de gran sufrimiento ante los obstáculos con los que han de enfrentarse. Escapan juntos y viven miserablemente en un bosque. El rey Marcos les persigue y les encuentra durmiendo con una espada de castidad heroica entre los dos. Se marcha sin hacerles daño, pero antes, cambia la espada por la suya propia. Según otra versión, les despierta, perdona a Isolda y condena al destierro a Tristán. El amor entre ellos es tan fuerte que les arrastra a unirse de nuevo. Al final mueren a causa de intensos y patéticos sentimientos de dolor.

Otra leyenda que surge por entonces y de idéntica filiación es la de Lanzarote y Ginebra. Chrétien de Troyes refiere esta historia en su libro "*Lanzarote del Lago*", escrito en la corte de María de Champaña, y en él se

cuenta cómo Lanzarote, enamorado de Ginebra abandona la búsqueda del santo Grial por ir al encuentro de la dama.

Son relatos alabados y enaltecidos por la crítica literaria de todos los tiempos, que en su día quisieron ser expresión de libertad y de rebeldía frente a las costumbres feudales y eclesiásticas tradicionales. Fueron útiles para alimentar la fantasía de las damas, con bellos y heroicos relatos, en las largas horas de ocio vividas en palacios y castillos. Vienen definidos por ser cortesanos, pues sus protagonistas son reinas, princesas, damas de alta alcurnia y valerosos caballeros; adúlteros, al menos en la intención (la dama está casada); generalmente de carácter tormentoso y a veces trágico; idealistas, en tanto la mujer pasa a ser objeto de culto, y desposeídos del componente sexual, genuinamente instintivo; la dama es presa de emociones intensas, conflictivas y ambivalentes; en los relatos sobreabundan las proezas, los sacrificios, la castidad y la fidelidad.

Estos relatos del siglo XII y XIII tuvieron una gran influencia en la literatura posterior y una de sus derivaciones importantes fueron los famosos libros de caballerías, tan duramente criticados por Cervantes en su inmortal "El Quijote de la Mancha". "*El Amadís de Gaula*", que narra el amor inquebrantable de dicho caballero a la señora Oriana, es el más representativo de todos ellos, por ser el primero y el de más valor de los escritos en España, aparte de la gran influencia que ejerció en la literatura europea. No se conoce con precisión el año en que fue escrito, pero se estima que ya existía para el 1325, fecha en que empezó a reinar Alfonso IV de Portugal. Se desconoce quién lo escribió, si portugués, francés o castellano, barajándose los nombres de Rodríguez de Montalvo y de Juan Vasco de Lobería, como los de más probable autoría. El hecho cierto es que la obra, llena de feroces batallas, múltiples contratiempos, heroísmos y fidelidades a toda prueba, toma como modelo el "*Tristán*" y el "*Lanzarote*" ya mencionados, y será a su vez fuente de inspiración para obras posteriores.

## 1. Los amores desde el Renacimiento al s. XX

Durante gran parte de la Edad Moderna se consolidan los modos amorosos de la Baja Edad Media. Quiere esto decir que los matrimonios se llevan a cabo por designación paterna; los esposos se aman sin estridencias y cualquier devaneo amoroso o sexual es condenado por la sociedad y por la Iglesia. La literatura, no obstante, sigue describiendo enamoramientos apasionados, que cada vez son seguidos por un mayor número de lectores. Algunas de estas obras marcan auténticos hitos en la literatura universal al tiempo que dejan su impronta en la vida social. He aquí algunas de ellas.

“*La Celestina*” o “*Tragicomedia de Calixto y Melibea*”, atribuida al bachiller Fernando de Rojas, de la Puebla de Montalbán, se publicó en Burgos y Salamanca en 1500. Esta obra por la descripción de los caracteres, verosimilitud de la acción, el fiel reflejo de una sociedad en la que se incluyen prostitutas, criados, gente de mal vivir, además de sus protagonistas principales, es considerada con todo merecimiento como la principal obra literaria escrita en España, después de “*El Quijote*”. La traigo a colación por girar toda la acción en torno al apasionado amor de sus dos jóvenes protagonistas. La obra comienza así:

*“Entrando Calixto en una huerta en seguimiento de un halcón suyo, halló allí a Melibea, de cuyo amor preso, comenzóla de hablar; de la cual muy rigurosamente despedido, fue para su casa muy angustiado, y habló con un criado suyo llamado Sempronio, el cual, después de muchas razones, le enderezó a una vieja llamada Celestina en cuya casa tenía el mismo criado una enamorada llamada Elicia”.*

Calixto, joven apuesto de noble familia, persiguiendo un halcón entra en el jardín de la casa de Melibea y allí, fulminantemente, es herido por el rayo del amor. Estamos pues ante un típico caso de enamoramiento, de aparición súbita, “*el flechazo*”, tan característico. Siendo esta obra un ejemplo de literatura que describe la realidad social, tal cual es, el enamoramiento entre sus dos jóvenes protagonistas ha de ser considerado como testimonio fiel de algo que se da en la España del siglo XVI. Es, además y sobre todo, “*La Celestina*” un magnífico muestrario de relaciones eróticas, donde el instinto y los sentimientos se dan mezclados en múltiples variaciones.

También en “*El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*” se nos muestra la sociedad española en toda su complejidad de usos, costumbres, idearios, etc., y de ello obtenemos enseñanza en el propósito que nos guía. Cervantes hace, a través del hidalgo manchego, una feroz crítica de amores arrebatadores, alejados totalmente de la realidad, entre heroicos caballeros andantes y excelentísimas damas. Por otra parte se limita a reflejar, por medio de personajes secundarios, sabiamente intercalados en el transcurrir de la novela, distintas formas de manifestarse el erotismo amoroso de su tiempo. Como dejó escrito:

*“El amor... unas veces vuela y otras anda; con éste corre, con aquel va despacio; a unos entibia y a otros abrasa; a unos hiere, y a otros mata; en un mismo punto comienza la carrera de sus deseos y en aquel mismo punto la acaba y concluye”<sup>1</sup>.*

---

<sup>1</sup> El Quijote. Tomo I. Cap. XXXIV.

Así, se cuentan en *El Quijote* los amores entre Cardenio y Luscinda, muy ilustrativos para acercarnos a la realidad española de entonces<sup>2</sup>. Estos enamorados se conocían desde muy jovencitos y muy pronto surgió entre ellos el amor. Las familias de ambas partes eran conocedoras de este cariño y, dado que “había igualdad de linaje y riqueza”, no pusieron ningún tipo de impedimentos. Al alcanzar cierta edad, los padres de Luscinda, como un medio de preservar su virtud, evitaron el encuentro con Cardenio. Cuando éste se decide a solicitarla por esposa, acudiendo al padre de ella, se ve bien recibido y honrado, pero su petición es rechazada por un defecto de forma: No le corresponde a él hacer la demanda, sino a su padre, “*pues siendo vivo, a él tocaba de justo derecho*”. Se trata por lo tanto de un enamoramiento, que podríamos llamar “*templado*”, mantenido en el transcurso del tiempo y tolerado por los padres, que son en último término quienes deciden el casamiento. Entrecruzada con esta historia aparece la de D. Fernando y Dorotea, caracterizada por la fogosidad del amor. En este segundo caso el amor “*ardiente*” es solo apariencia que encubre un intenso deseo carnal. D. Fernando para satisfacer su pasión recurre a los juramentos de matrimonio y así consigue la rendición de la doncella. Logrado el placer, el caballero se olvida de la joven, quedando “*por traidor y fementido*”. Resulta una historia lamentable que por desgracia se ha dado infinidad de veces, a lo largo de los siglos en la sociedad occidental.

Juramentos y promesas de matrimonio para gozar a una mujer, que no se pueden considerar sin más meras reliquias del pasado. El costumbrismo sexual actual ha variado mucho a partir de la década de los sesenta del siglo XX, pero hay cosas que sustancialmente no cambian más que en apariencia. Esos juramentos ¿qué son sino un ardid para alcanzar el ayuntamiento carnal antes de tiempo? Ahora, muchos jovenzuelos exigen a las chicas con las que salen relaciones sexuales, bajo amenaza de romper el trato con ellas. ¡Y de qué forma muchas mujeres se entregan a un hombre, justificándose en el amor! Todo son ardidés, en definitiva, para gozar y silenciar la conciencia, encontrando en el amor un buen pretexto para esa conducta. También es verdad que, hoy en día, hay mujeres que practican el sexo sin que medie afecto alguno. Buscan lisa y llanamente el placer; piensan que hacen algo legítimo y natural, pero no pueden impedir arrastrar consigo un penoso sentimiento de indignidad.

A finales del XVI (en 1595 o en 1599) publicó Shakespeare una tragedia que ha marcado profundamente el sentir de las gentes sobre el enamo-

---

<sup>2</sup> El Quijote. Tomo I. Cap. XXIV.

ramiento. Me refiero a la obra del “*Romeo y Julieta*”, que ha servido de fuente de inspiración a los poetas de todos los países. De igual forma diversos compositores han compuesto óperas sobre su argumento, pudiendo destacar el “*Romeo et Juliette*” de Steibelt, estrenada en París en 1793; el “*Giulietta e Romeo*” de Zingarelli, estrenada en la Scala de Milán en 1796; el “*Romeo el Giulietta*” de Gounod, estrenada en el teatro lírico de París en 1867; por citar tan solo algunas de las más representativas. Otros músicos de la talla de Berlioz y Tchaikovsky compusieron importantes obras con este tema. El primero, una sinfonía (su quinta), y el segundo un poema sinfónico que alcanzó gran éxito. Con la invención del cine, directores y productores han realizado con mayor o menor fortuna diversas versiones sobre estos trágicos amores.

La tragedia parte de un hecho real, sobre el que se hicieron, inicialmente, diversas narraciones. De una de ellas, Artur Brook compuso un poema, que fue el texto sobre el que trabajó Shakespeare para componer esta obra. Este drama ha contribuido muchísimo a la confusión reinante entre amor y enamoramiento. Muchas personas arrastradas por las gentiles figuras de sus protagonistas no han sabido hacer una crítica de su actuación. Sin pretender censurar con detalle cada una de las actuaciones de estos personajes, no me puedo sustraer a la tentación de reparar en alguna de ellas. Digamos de entrada que Romeo cambia de objeto amoroso con igual facilidad que uno cambia de camisa. Enamorado de Rosalina, asiste a un baile de máscaras en busca de su amada y allí no la encuentra, pero da con Julieta, que le provoca repentinamente un giro de 180° en la dirección de su amor. Hecho que no deja de destacar también Julián Marías en su “*Educación Sentimental*” (1992): “...*Desolado y sin esperanza. Y tan pronto como conoce a Julieta, Rosaline se desvanece, queda prendado de la hija de los Capuleto, irremediabilmente y para siempre*”. Muy interesante, igualmente, los breves instantes que precisa Romeo para enamorarse de Julieta: la ve aparecer en una ventana, luego mantiene una corta conversación con ella, y la besa y ya es suficiente para sentirse intensamente absorbido de amor por la joven. El autor inglés quiso expresar seguramente la tragedia que puede originarse por rivalidades familiares. Sin embargo, para una mayoría de gente, Shakespeare quiso reflejar otra cosa: El triunfo del amor. El gran amor entre dos jóvenes que debería haber triunfado, venciendo los obstáculos que se le oponían. En mi opinión el dramaturgo estuvo genial al describir, por medio de estos personajes, el fenómeno psíquico del enamoramiento. El final trágico de la pareja es consecuencia de su conducta enfebrecida, merecedora de disculpa por la inexperiencia y corta edad de los protagonistas.

Es cierto que el enamoramiento no se para en barras y de esta manera observamos parejas de diferentes ideologías, religiones, nacionalidades,

clases sociales y otras muchas y notables diferencias proseguir una relación. Pero en estos casos sólo se puede hablar del triunfo del amor cuando realmente se manifiesta como tal; cuando, una vez constituido el matrimonio, la unión entre los esposos resiste el paso del tiempo hasta el final. Por desgracia, la realidad nos muestra cómo estos obstáculos, que en su ceguera los enamorados no han querido reparar, son luego una rémora que dificulta la vida conyugal y muchas veces determinan, en gran medida, la ruptura del matrimonio.

Tirso de Molina, hacia 1626, publicó una comedia titulada “*El burlador de Sevilla y convidado de piedra*”, que no puedo dejar de comentar por reflejar un tipo peculiar de relación hombre–mujer, que sólo en nuestra civilización y durante un tiempo se ha podido dar. La obra se basa en un personaje legendario, de origen español. Un caballero sevillano llamado D. Juan Tenorio, de ilustre familia, mató al comendador D. Gonzalo de Ulloa después de haberse apoderado de su hija. El comendador fue enterrado en el convento de los frailes franciscanos, donde la familia poseía una capilla. Los frailes deseosos de terminar con los desmanes de D. Juan, le atrajeron al convento, donde fue muerto. Pues bien, la leyenda, y su traducción literaria por Tirso de Molina, tuvo una gran difusión en el ámbito europeo. En Italia, Giliberto y Cicognini realizaron versiones, que pasaron a Francia, donde Villiers y Dorimond recrearon las hazañas del personaje, antes que Molière lo hiciera con el título de “*Le Festin de Pierre*”. En Inglaterra, Sadwell escribió una obra sobre el mismo tema con el título del “*Libertin*”. Por no cansar, diré que muchas otras comedias se han hecho con el mismo motivo, y también música y hasta una ópera, compuesta por Mozart, en 1787. De todas las versiones, es sin duda “*El Don Juan Tenorio*” del poeta José Zorrilla, escrita en 1845, la que más aceptación ha alcanzado hasta nuestros días, pues junto a un magnífico retrato de los rasgos de carácter que definen al personaje, aparece en él, un cambio sustancial, cuando por fin conoce el amor, que realza por contraste todo su anterior proceder.

D. Juan es el hombre de noble ascendencia, pendenciero y retador, que busca el placer con las mujeres, en forma de rendición y entrega de aquellas infelices que han creído en sus promesas de matrimonio. Matizando más, diré que el personaje no busca el placer en un arrebatado de apasionamiento, como en el caso antes mencionado de D. Fernando con Dorotea, sino el placer como diversión, algo con lo que se puede jugar y hasta servir para echar apuestas. Es un libertino, sin principios morales, que utiliza el instinto sexual para su disfrute personal y egoísta. En ningún momento repara en la mujer como persona y, como diría Marañón (*Virilidad cuantitativa y cualitativa*, 1936): “*es un turista del amor. Turista y no viajero; esto es, el que da vueltas alrededor de las cosas sin penetrarlas nunca*”,

pues valora la sexualidad por su aspecto cuantitativo y no cualitativo. Se trata de una personalidad inmadura que vive la sexualidad como algo añadido y no integrado en la totalidad del ser personal.

Sobre lo dicho, creo que estamos de acuerdo y no hay lugar a ninguna duda. Pero la historia del D. Juan tiene un segundo componente en el que nadie parece haber reparado. Me refiero al elemento femenino. A tener en cuenta que este mito no se da hasta el siglo XV y, ahora, en nuestro tiempo, prácticamente ha desaparecido. D. Juan tiene una idea muy clara acerca de las mujeres virtuosas y castas, sabedoras de la fuerza del enamoramiento<sup>3</sup> y cómo, por su medio, se pueden salvar diferencias de clase, así como de cualquier otro tipo.

*“El amor es Rey,  
que iguala con justa ley  
la seda con el sayal”<sup>4</sup>.*

Conoce muy bien la fragilidad femenina, y el ideal de toda mujer de casarse y ser amada por el esposo. Con esta base D. Juan tiene preparada su estrategia que repetirá indefinidamente. Todo el arte de seducción se reduce a la afirmación de su apasionado amor y a la promesa de matrimonio.

*Ojos bellos, mientras viva  
yo vuestro esclavo seré,  
esta es mi mano, y mi fe”<sup>5</sup>.*

Si no se hubiera difundido en la población esta realidad, el mito no se habría dado. Pero esta condición, necesaria, no era suficiente. Observemos el mundo actual en que la aspiración al enamoramiento es quizás más acusada que nunca y sin embargo el mito no se da. D. Juan necesita obstáculos que vencer, murallas de virtud que derribar, para enorgullecerse y alardear de todo ello. Ahora, en su lugar prolifera el libertino, o promiscuo, como se prefiera llamar. Promiscuo él y promiscuo ella. La mujer de estos tiempos, a diferencias de la de antes (celosa de su virtud), se abandona a una sexua-

---

<sup>3</sup> Karol Wojtyła (1969) reconoce que, “*en la mujer la sensualidad está como disimulada en la afectividad. Por esto se siente de suyo impulsada a ver aún como una prueba de amor afectivo lo que el hombre ya sabe que es la acción de la sensualidad y del deseo de goce*”.

<sup>4</sup> Tirso de Molina. “El burlador de Sevilla”. Acto primero.

<sup>5</sup> “El burlador de Sevilla”.



lidad degradada, depreciada, de puro consumo. ¿Las conquistas varoniles pueden ser ya motivo de ostentación?<sup>6</sup>

Lentamente, la sociedad fue tomando conciencia de la realidad del enamoramiento, y lo aceptó como algo normal de la psicología humana. Acertadamente Ferrand (1610) escribió, (no sé si por sí o transcribiendo a otro), en referencia al enamorado:

*“Sus sentidos trastornados, la razón se extravía, la imaginación se altera, los discursos se hacen impertinentes. El pobre enamorado sólo ve a su ídolo. Todas las acciones del cuerpo están igualmente alteradas, se vuelve pálido, delgado, alhelado, sin apetito, sus ojos se hundén. Y no puede ver de noche (como dice el poeta) ni con los ojos ni con el pecho. Le veréis reírse, sollozar y suspirar sin transición, y en un estado perpetuo de inquietud, rehuyendo toda compañía, buscando la soledad para entregarse a sus pensamientos. Por un lado le ataca el temor, y a menudo, por otro la desesperación.”*

Sin embargo, por esa época el enamoramiento no dejaba de ser un fenómeno mal conocido, y a la hora de concertar los matrimonios, no se le prestó demasiada importancia y mayoritariamente los enlaces conyugales fueron de conveniencia, acordados por los padres.

En Alemania, a mediados del XVIII, surgió un movimiento intelectual que se extendió por toda Europa, conocido con el nombre de romanticismo, que entre otras cosas supuso una exaltación del enamoramiento. El movimiento romántico vino a ser una reacción contra el utilitarismo, la fría comprensión de la realidad y la regencia del intelectualismo. Significó la irrupción de una nueva forma de concebir la vida, dándole valor al idealismo, a los sentimientos y a la imaginación. El romanticismo, como acertadamente formuló Benedetto Croce (1895), se manifestó en tres direcciones: la moral, la filosófica y la artístico-literaria. Esta última, especialmente interesante para el tema que tratamos, estuvo caracterizada por una serie de rasgos entre los que cabe destacar los siguientes:

- El entusiasmo por todo lo medieval, lo fantástico y maravilloso.

---

<sup>6</sup> Julio Caro Baroja, (1989), admite que el tipo del D. Juan sólo puede darse en un contexto histórico y social determinado.

- El interés por las leyendas y narraciones populares.
- Las tendencias arqueológicas y el fomento de los estudios históricos.
- La atención por la personalidad colectiva de los pueblos y regiones, con su problemática derivación a exacerbados nacionalismos.
- La exaltación de la vida íntima individual, la explosión de los sentimientos, los enamoramientos sublimes, imposibles y trágicos. El lirismo, en suma, en su máxima expresión.

Máximos representantes, en su vertiente literaria fueron en Alemania Goethe (en su primer periodo), Schiller, Kleist, Werner, Hoffman, Tieck, Wackenroder y muchos más. En Inglaterra, Walter Scott, lord Byron, lord Tennyson, Dickens, etc. En Italia hay que destacar por encima de todos la figura de Alejandro Manzoni. En Francia Chateaubriand, Madame de Staël, Alfonso de Lamartine, Alfredo de Musset, Teófilo Gautier, Víctor Hugo, Alejandro Dumas, George Sand, Eugenio Sué, etc. En España la plétora fue muy numerosa, entre otros, el duque de Rivas, Martínez de la Rosa, Mariano José de Larra, Espronceda, Zorrilla, Gustavo Adolfo Bécquer, Bermúdez de Castro, Pastor Díaz y José de Echegaray. En la vertiente musical surgen figuras de la talla de Verdi, Bellini, Donizzetti, Liszt, Chopin, la dinastía de los Strauss, Wagner, etc.

Muy especialmente, los enamoramientos extraconyugales que aparecen con carácter minoritario en la alta sociedad, ya al comienzo del XVIII, sirvieron de inspiración a toda clase de artistas, y así el movimiento romántico ha dejado para la posteridad obras imperecederas en forma de novelas, dramas, poesías, pinturas, esculturas, óperas, zarzuelas, sinfonías, etc. Lo cual hay que reseñarlo, porque si es verdad que como tal corriente cultural se le señalan unos límites perfectamente definidos, que van de mediados del XVIII a mediados del XIX, su influencia, al menos en algunos aspectos, llega hasta nuestro tiempo. Una gran masa de la población occidental del pasado siglo y del actual se ha alimentado y sigue alimentándose de estas creaciones impregnadas de lirismo. Prueba de ello es que el cine ha basado muchas de sus producciones en estas obras, de las que incluso se han llegado a realizar varias versiones, que han contado siempre con una gran acogida por parte del público. Por mencionar tan solo algunas de estas películas cito, “*Sentido y Sensibilidad*”, “*Persuasión*”, “*Los Miserables*”, “*Nuestra Señora de París*”, “*El Conde de Montecristo*”, “*Werther*”, “*Ivanhoe*”, “*Cumbres borrascosas*”, “*Jane Eyre*”, “*La dama de las camelias*”, “*Carmen*”, etc. Óperas y zarzuelas románticas se siguen representando hoy, con igual o mayor frecuencia que ayer, mejoradas con las nue-

vas técnicas escénicas. Ediciones de distintas calidades ponen al alcance de cualquier lector estas magníficas producciones literarias y lo mismo cabe decir para los amantes de la música y del arte en general.

Goethe en su primera etapa literaria escribió la novela que lleva el título de su protagonista, "*Los sufrimientos del joven Werther*". Aunque la obra está escrita en 1774, durante la primera etapa romántica por la que pasó su autor, me parece oportuno comentarla ahora en razón a la fuerza del amor. La novela está inspirada en un hecho real y lo que en ella se narra debió de ocurrir aproximadamente así, al menos en sus principales secuencias, sin que la imaginación del autor la haya desvirtuado mayormente. Su argumento resumido es éste:

Un joven de buena familia (Werther) se enamora de una muchacha (Carlota) que ya estaba prometida a otro hombre. Entre los dos jóvenes se establece una estrecha amistad, (que en el caso de él es profundo enamoramiento), en el transcurso de la cual Werther puede visitar a Carlota en su ambiente íntimo familiar, y lo sigue haciendo incluso una vez que ella se casa con su prometido. Pero el joven Werther es presa de intenso sufrimiento cuando comprueba que su enamoramiento está condenado a ser un mero sentimiento, que ya, por el simple hecho de manifestarlo, le crea serios problemas, pues Carlota sólo le corresponde en el afecto de una mera amistad y nada más puede esperar de ella. Tanto es su dolor, que, al cabo de año y medio de haber conocido a la joven, persuadido de que su amor no podrá manifestarse de otra forma, decide poner fin a su vida.

¿Qué fuerza es ésta, que arrasa con todo lo que se le enfrenta y domina a quien le posee, que no duda en arriesgar la salud física, la espiritual, o el simple bienestar social y material? Esa es la fuerza del enamoramiento, magistralmente expuesta por el genio alemán, que nos cautiva y nos asombra a todos los que nos acercamos a esa terrible realidad. El enamorado se ve totalmente imposibilitado para desasirse de su objeto erótico y buscar otro con mejores perspectivas.

Tras el movimiento literario romántico sobrevino el del realismo, cuyos cultivadores trataron de reflejar la realidad tal cual es, por cruda o escabrosa que pudiera presentarse. Ha sido una escuela que ha producido grandes escritores cuya enumeración les aburriría, pero sería imperdonable no mencionar al menos algunas de sus figuras más representativas, tales como Dostoyevsky, Gorki, Tolstoi, Turgueneff, Maupassant, Anatole France, Oscar Wilde, Eça de Queiroz, Pereda, Valle-Inclán, Pérez Galdós, etc..

La literatura realista reflejó fielmente un tipo de sociedad bien distinto tras la influencia del romanticismo. Ya no se trata de entretener la imaginación con las aventuras y desventuras de grandes enamorados, heroicos en la defensa de su amor y admirables por sus virtudes. En este momento histórico el lector contemplativo de otras épocas quiere ser héroe de su propia vida; ser él mismo el protagonista de grandes pasiones. Es el comienzo de un cambio por el que se avanzará hasta desembocar en nuevos estilos amorosos. Aquella sociedad fue criticada, por unanimidad, como puritana e hipócrita. Puritana, porque, en apariencia al menos, se presentaba como virtuosa, de moral estricta, seguidora de los principios doctrinales de la Iglesia observados desde siglos atrás. Hipócrita, porque las relaciones extramatrimoniales, por parte del marido y muy especialmente de la mujer, resultaban con demasiada frecuencia, francamente escandalosas. Novelistas de mentalidad anticlerical se ufanaron en su descripción, con el deseo de mostrar el fracaso de una moral religiosa que detestaban. Pero nadie ha querido reparar, profundizar, estudiar, ni antes ni ahora, en las verdaderas raíces de este aparente fracaso de la institución matrimonial. Muchas novelas postrománticas muestran cómo los sentimientos apasionados de enamoramientos intempestivos arrastran a sus protagonistas a los mayores desatinos. Es una literatura que recoge las secuelas que el romanticismo ha dejado en la sociedad en un ejercicio de concienciación de su propio poder e influencia. Es muy aleccionadora la lectura de una novela de difusión universal, escrita en la segunda mitad del XIX, (1857), que, como toda obra clásica, mantiene su frescura original. Me refiero a “*Madame Bovary*” de Gustavo Flaubert, inspirada en hechos reales.

Emma, la protagonista de la novela, es una joven y bella dama que casa con un médico para compartir la existencia en una pequeña y tranquila localidad francesa. Pero ella no es feliz, porque, aficionada desde muy pronto a lecturas románticas, anhelaba vivir las grandes pasiones de las heroínas de sus novelas. Deseaba llevar una vida de vivas experiencias, de lujos y riqueza. Con tales ilusas expectativas se enamora, hasta dos veces, y en las dos ocasiones, que igual podrían haber sido veinte, con entrega total de cuerpo y alma, conoce, con el mayor desencanto, lo efímero del amor y las negras consecuencias de su errático proceder.

Honorato de Balzac, brillante y fecundo escritor francés del XIX, se regodea sin miramiento alguno observando los estragos de cierta literatura en el alma femenina. En su satírica “*Fisiología del matrimonio*” (1829), que escandalizó a no pocos timoratos, escribió:

*“leyendo dramas o novelas, la mujer, criatura más propensa que nosotros a la exaltación, debe experimentar embriagadores éxtasis. Ella se crea una existencia ideal en comparación de lo cual todo palidece, y no tarda en procurar realizar para ella esa vida voluptuosa. Involuntariamente pasa del proyecto a la práctica, y del alma a los sentidos”.*

Con un gran sentido del humor, Balzac lanza una serie de consejos a los esposos, tales como:

- *Debéis retrasar lo más que os sea posible el momento en que vuestra mujer os pida un libro.*
- *Le repetiréis con frecuencia que las mujeres más simpáticas y más ocurentes del mundo se encuentran en París, donde las mujeres no leen nunca.*
- *Que las mujeres son como la gente de calidad que, según Mascarille, lo saben todo, sin haber aprendido nunca nada.*

En el XIX y primera mitad del XX, en algunos hogares españoles, estuvo prohibida a los hijos la lectura de novelas. Medida que podría muy bien ser calificada como propia de padres de mentalidad “estrecha”, autoritarios y hasta “cavernícolas”, pero este proceder no carecía de sentido, pues iba encaminado a evitar que esas lindas cabecitas se llenaran de “pájaros”; de aspiraciones a encontrar el ser ideal, dechado de perfecciones, único ser en toda la Tierra digno de ser amado por sus excelencias.

Ya en el XIX se inició una forma de noviazgo, cada vez más desvinculado de la imposición paterna. Necesariamente hay que mencionar la comedia “*El sí de las niñas*”, de Moratín,<sup>7</sup> que representa un punto de inflexión en la forma de elegir pareja con vistas al matrimonio. Los padres van a ceder su protagonismo para permitir que sean los hijos quienes lleven a cabo una elección libre, basada fundamentalmente en el sentimiento. Los enamoramientos apasionados, sueños de damas palaciegas en el medievo, pasados unos siglos se convirtieron en una aspiración muy generalizada de la gente, y recurso indiscutible para elegir pareja. Así ha ocurrido a todo lo largo del s. XX y principios del XXI, y si bien es verdad que ya se atisban

---

<sup>7</sup> La comedia, de corte neoclásico, fue estrenada en el Teatro de la Cruz de Madrid, el 24 de Enero de 1806, con gran éxito de público.

nuevas formas de emparejamiento, no por ello el enamoramiento deja de ser interesante y merecedor de atención.

### 3.- Masificación del enamoramiento. Siglo XX-XXI.

Uno se pregunta, de todos los rasgos que definían al romanticismo ¿qué ha quedado? ¿Acaso el gusto por lo medieval, por las narraciones y leyendas populares, el interés por la personalidad de los pueblos y regiones, los nacionalismos? Evidentemente, es posible observar en muchas de las cosas de nuestro tiempo la huella romántica, pero especialmente, la importancia que se le otorga a los sentimientos constituye, sin duda, su principal legado. Creo sinceramente que uno de los rasgos que definen a nuestra sociedad y la diferencian de épocas pasadas viene dado por el relieve que han adquirido los vivos sentimientos amorosos. Todavía en nuestra sociedad asistimos a una sorprendente exaltación del enamoramiento a través de la literatura y del cine, mientras que los medios de comunicación, (prensa, radio y televisión) reflejan la alta consideración que tiene para la mayoría de las personas. Hay muchos que dicen “*estar enamoradas del amor*”, o dicho de otra forma, que “*sin amor no vale la pena vivir*”, o también que “*el amor es lo más hermoso que hay en este mundo*”, que “*nada hay comparable al amor*” y otras frases parecidas, que no corresponden al amor sino al enamoramiento, y reflejan fielmente esta realidad.

De ello resulta que muchas personas aspiran a vivir un gran amor. Se podría decir que existe la ingenua pretensión de vivir en un permanente estado de apasionado amor. Las consecuencias, no precisamente deseables, son éstas: Novios, que tras varios años de relaciones plenas de entendimiento y armonía, son presa de terribles dudas a la hora de casarse por no experimentar ya, aquellos vivos sentimientos amorosos que en un principio experimentaron. De igual forma, matrimonios bien avenidos se rompen inopinadamente, cuando una de las partes se marcha bajo pretexto de haberse enamorado de una tercera persona. El adulterio por enamoramiento es igualmente frecuente. Otras veces se ven matrimonios que debían sentirse felices, por su buen entendimiento y compenetración, y sin embargo viven frustrados al reconocer el natural decaimiento de la pasión amorosa, el decrecer de aquellos vivos sentimientos, que absurdamente creían inmarcesibles. Finalmente el sentirse enamorado se interpreta erróneamente como signo de buena elección amorosa y sin considerar otras razones de peso, se unen en matrimonio personas que, por simple lógica, nunca deberían hacerlo.

Es preciso reparar en la terrible fuerza que ata a los enamorados manifestada de muy diversas maneras. Una de ellas es el cambio radical que en el comportamiento se observa con cierta y regular frecuencia. Jóvenes, cariñosos y sumisos a la voluntad paterna, se vuelven rebeldes, violentos y amenazadores, si se les contradice en algo tocante a su relación afectiva. Otras veces, esta fuerza que une a los enamorados, se expresa con un poderío tal, capaz de superar cualquier situación por desagradable o peligrosa que se presente. Sirvan algunos ejemplos:

- Una joven y bella esposa, que vive regaladamente con un alto ejecutivo, educado, culto y atento por demás, decide romper el matrimonio para marchar a vivir con el hombre del que se ha enamorado, que aparte de no tener mérito alguno, sólo le ofrece una vida de trabajo y estrechez económica.
- Una joven, muy guapa, de trato agradable y de buena familia, decide mantener relaciones con un chico drogadicto y VIH +, del que se ha enamorado. Como era de temer, pocos años después la chica muere de sida, contagiada por el novio.
- Una señora viuda, de vida ejemplar y religiosa, lanza por la borda todos sus principios éticos tras enamorarse con un señor casado y padre de varios hijos.

El término enamoramiento, en el lenguaje coloquial, con frecuencia resulta ambiguo, pues igual lo emplea con nostalgia alguien que en su día lo experimentó, igual que otros hablan de él como quien ha pasado por una mala experiencia sentimental, quien, para indicar la buena impresión que le ha causado una persona que acaba de conocer, quien, finalmente, como la señora, que después de llevar treinta años casada, afirma estar tan enamorada de su esposo como el primer día, tras la boda. Cosa muy distinta al enamoramiento es el deseo sexual, con el que podría confundirse. El deseo sexual está muy unido a la fisiología, a lo corporal, al movimiento hormonal incluso, aunque sin llegar a una dependencia total con él, propia de los animales. En éstos el instinto sexual se dirige hacia los órganos sexuales de un individuo de sexo opuesto, dentro de la misma especie. En el hombre, de forma similar al animal, el instinto se dirige no tanto al individuo como a su cuerpo y más especialmente a sus órganos sexuales. Es decir, el deseo sexual no está marcadamente individualizado y puede ser satisfecho por cualquier individuo. En el enamoramiento todo es muy diferente: La mirada y la atención van dirigidas a la totalidad de la persona y sobre todo al

rostro y a los ojos. Son diferencias patentes para no olvidar y poder comprender bien lo que trato de exponer.

En sentido estricto, de acuerdo con diversas ramas del saber (psicología, sociología, psiquiatría, etc.) se puede definir el enamoramiento como *el estado de una persona dominada por un vivo sentimiento hacia otra, a quien considera su mayor bien, con la que desearía estar unida para siempre y por la que llegaría a sacrificar, si fuera necesario, su propia vida*. De forma similar también se podría definir como *el estado que vive una persona, dominada por vivos sentimientos de contenido erótico, deslumbrada gratamente ante la imagen enormemente positiva, que se ha formado de otra, con la que ha tenido la fortuna de encontrarse*.

Por definición, el enamoramiento en su sentido más estricto ya hace pensar en sus serios inconvenientes, desde el momento que se habla de “*imagen*”, en el encuentro de dos personas, es decir, de algo meramente subjetivo y por lo tanto más o menos alejado de la realidad. La persona que se forja en su mente una imagen idealizada de otra necesariamente llegará a un momento en que la descubra tal y como es, y entonces la decepción será inevitable con toda una relación de lamentables consecuencias. Pero, aparte de la idealización, el enamoramiento tiene otros caracteres que le hacen igualmente indeseable como fenómeno psíquico. Suele ser de aparición súbita, y de ahí la clásica expresión “*del flechazo*”, y habría que preguntarse: ¿por qué una atracción que puede determinar algo trascendente como la unión matrimonial se produce, con frecuencia, en tan breve espacio de tiempo? ¿Acaso es una intuición? ¿Una intuición de qué? Evidentemente, sin querer, entramos en los mitos románticos de nuestra civilización. El mito “*del príncipe azul*”, de la “*media naranja*”, también conocido como el de “*la otra mitad*”, etc., tienen mucho que ver con esas intuiciones. Poco importa que curse con anorexia, disfunciones vegetativas y pensamientos intrusivos, lo peor de todo es que quien experimenta el enamoramiento y se ve correspondido se siente transportado por agradabilísimos sentimientos, que le proporcionan una dicha inefable, que sumada a la idealización explica la terquedad que manifiestan los enamorados para persistir en su pasión, y la sorprendente incapacidad para detectar los defectos del amado. Con frecuencia son los padres quienes viven alarmados por la elección amorosa del hijo/a, considerando con objetividad los serios inconvenientes, defectos, taras y rémoras que gravitan sobre la persona elegida, pero sus críticas son normalmente desoídas ante la llamativa tozudez de la que hacen gala los enamorados. El matrimonio es una cosa demasiado seria para dejarla en manos de la ruleta de la suerte, que tal viene a ser el fenómeno del enamoramiento. “*El amor –decía Marañón en 1924– sigue siendo ciego; y para un suceso tan grave como casarse, es necesario buscar guías que tengan buena vista*”.



#### 4. Hacia el futuro: Prevalencia del sexo

No es cuestionable el hecho de la masificación del enamoramiento en nuestros días, pero diversos hechos sociológicos y culturales señalan un cambio, tanto en el medio utilizado para la elección de pareja como para mantener unidos a un hombre y a una mujer en su proyección familiar. Hay indicios muy claros sobre los que apoyar conjeturas, que el paso del tiempo confirmarán o desmentirán; ellos nos hablan de la aparición de otros estilos de relación aún poco divulgados. Tras el Mayo francés del 68 no solo triunfa la revolución sexual que desvincula cualquier actividad sexual del matrimonio, del amor y de la procreación, sino que también se inicia el acoso y derribo (y en ello se está) de la familia natural. Se consigue, de igual forma, acabar con la autoridad del padre dentro de la familia y en general con todo tipo de autoridad y, se logra quitar a Dios de la conciencia de muchas personas para instalarse el hombre en su lugar, erigido en señor de la vida y de la muerte. En las décadas que siguieron al famoso 68 hasta nuestros días, se han ido extendiendo entre la población costumbres tales como iniciar un chico y una chica una relación sexual sin que medie amor ni afecto de ningún tipo. Estas relaciones se dejan o se perpetúan según lo gratificantes que resulten, y en el segundo caso pueden evolucionar hacia una simple convivencia de pareja, que pueden persistir indefinidamente, incluso con el nacimiento de algún hijo, o bien dan lugar más adelante a formas institucionales de matrimonio. Se observa, en definitiva, que no es el sentimiento amoroso el móvil que une al hombre con la mujer, sino el sexo, que adquiere de esta forma una relevancia que un siglo antes pocas personas podían haber imaginado.

La película *“El último tango en París”* (1972) marcó un hito en la historia del cine. Dirigida por Bernardo Bertolucci, e interpretada por Marlon Brando y María Schneider, quizás sea una de las más representativas de las nuevas modas sociales de iniciar una relación a través del sexo:

Una mañana de invierno, un hombre y una muchacha, totalmente desconocidos el uno para el otro, se encuentran casualmente mientras visitan un piso que se alquila en París y al poco de intercambiar unas palabras inician una relación sexual en el piso vacío. Antes de despedirse acuerdan volver a reunirse allí en soledad, sin preguntarse ni siquiera sus nombres.

Otra película, *“Portero de noche”* realizada por la italiana Liliana Cavani en 1973, nos muestra una historia donde el amor es reemplazado por las prácticas sexuales, o, según otra lectura no muy distinta a la primera: el

amor surge tras una práctica de sexo, enormemente satisfactoria y determinante de la unión de dos personas:

Una mujer judía que en su adolescencia y en un campo de concentración, durante la II guerra mundial, es objeto de abusos sexuales por parte de un oficial nazi, se reencuentra con él al cabo de los años, por acudir ella con su marido (un matrimonio instalado en la alta burguesía) a un hotel, donde él trabaja de portero. Las experiencias sexuales de antaño han sido tan fuertes que ella abandona al marido para unirse con él, e iniciar una relación sexual sado-masoquista que les absorbe por completo.

En la misma línea argumental pero mucho más reciente, se encuentra el film "*El piano*", (1993) de Jane Campion. Se trata de una película muy galardonada y de gran éxito de público. Su argumento nos viene a decir de qué forma una relación inicialmente sexual deriva en amor entre un hombre y una mujer:

Una pianista muda (Ada) es vendida en matrimonio a un hombre que vive en Nueva Zelanda, donde es enviada, desde Escocia, junto con su hija y su piano. El piano es despreciado por el marido, que decide dejarlo abandonado en la playa donde han arribado, pero un vecino del marido se interesa por el piano, se hace con él y pidiéndole a Ada que le enseñe a tocarlo, encontrará ocasión de iniciar una relación sexual que terminará en amor.

Estos y otros muchos ejemplos que podrían ponerse sobre obras de literatura, cine o televisión, reflejan nuevos estilos, muy distintos a los convencionales de formar pareja, donde el sexo desempeña un papel prominente tanto en el inicio de la relación como en su mantenimiento. La felicidad conyugal se mide en gran parte por la compatibilidad sexual, y por ello muchos matrimonios acuden a psicólogos y sexólogos en busca de solución para los más diversos trastornos sexuales (Masters, W. y H., Jonson, V., 1976). Existe una obsesión por el placer orgásmico, verdaderamente enfermiza y por ello la mujer es presa frecuentemente de miedos y dudas sobre su capacidad orgásmica y el hombre vive muy preocupado ante la posibilidad de perder potencia sexual con la edad, e incluso por el tamaño de su pene; en no raras ocasiones tiene sentimientos de culpa por considerarse incapaz de provocar el orgasmo en la esposa.

Ya existen familias de “*matrimonios abiertos*”, en las que cada cónyuge dispone de libertad plena para tener cuantas relaciones extramaritales desee, según propuesta de ciertos expertos en psicología social, como alternativa de esos matrimonios actuales que se divorcian por no disfrutar de una adecuada compatibilidad sexual. (O’Neill, N. y O’Neill, G., 1972)<sup>8</sup>.

Ante el pansexualismo actual, de tal forma expansivo, todo parece indicar que nos encaminamos a la utopía propuesta en “*Un mundo feliz*”<sup>9</sup> (1932), por Aldous Huxley, en la que sólo importa el sexo esporádico, ya cultivado en el jardín de la infancia, como única relación entre seres humanos; unas relaciones vacías y deprimentes que se han de compensar con la ingesta de “*soma*”, la píldora de la felicidad. El que terminen de imponerse o no estas formas de convivencias como hábito social, en las que el sexo desempeña tan primordial papel, forma parte del futuro, siempre incierto, pero, francamente, sería espantoso que así ocurriera.

## 5. Crítica y propuestas

El enamoramiento como fenómeno psíquico ha sido duramente criticado por personalidades de diversa procedencia, desde Aristóteles a estudiosos de la Psicología Social. Así por ejemplo, Cervantes en su inmortal “*El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*” escribió:<sup>10</sup>

*“Si a la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habría que escogiese al criado de su padre y tal al que vio pasar por la calle, a su parecer bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachín; que el amor y la afición con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado”.*

---

<sup>8</sup> La película francesa *Emmanuelle* según la novela de igual título, escrita en 1959 y llevada al cine por Just Jaeckin, en 1974, e interpretada por la actriz holandesa Sylvia Kristel, representa un ejemplo de “matrimonio abierto”. El argumento gira en torno al deseo de un marido de hacer experimentar a su esposa diversas prácticas sexuales, con distintos hombres y mujeres, perversiones incluidas.

<sup>9</sup> Un mundo sin amor y sin familia, donde los niños nacen en el laboratorio y son educados por el Estado.

<sup>10</sup> El Quijote, II, CAP. XIX.

El fundador del Psicoanálisis, S. Freud (1921) estudió el enamoramiento en su obra *“Psicología de las masas”*, y advierte que en él se dan los fenómenos de la idealización:

*“El objeto amado queda sustraído en cierto modo a la crítica, siendo estimadas todas sus cualidades en más alto valor que cuando aún no era amado o que las de personas indiferentes”.*

En este estudio compara el enamoramiento con la hipnosis y encuentra un gran parecido en las relaciones del enamorado con respecto al objeto que ama y el hipnotizado con respecto al hipnotizador. En la obra ya citada de Freud, leemos:

*“Desaparecen por completo las funciones adscritas al ideal del yo. La crítica ejercida por esta instancia enmudece, y todo lo que el objeto hace o exige es bueno e irreprochable. La conciencia moral deja de intervenir en cuanto se trata de algo que puede ser favorable al objeto, y en la ceguera amorosa se llega hasta el crimen sin remordimiento”.*

Y uno de nuestros más conocidos intelectuales, D. José Ortega y Gasset, (1939) afirmaba:

*“El enamoramiento es un estado inferior del espíritu, una especie de imbecilidad transitoria. Sin anquilosamiento de la mente, sin reducción de nuestro habitual mundo, no podríamos enamorarnos (...) el alma de un enamorado huele a cuarto cerrado de enfermo, a atmósfera confinada, nutrida por los pulmones mismos que va a respirarla”.*

A pesar de toda la crítica negativa referida al enamoramiento, la población en su inmensa mayoría lo ha aceptado y lo sigue aceptando con una valoración muy positiva. Si en el momento actual los jóvenes inician un nuevo costumbrismo a la hora de elegir pareja, no se debe a lo dicho por los estudiosos del tema, sino a los cambios socio-culturales que, bajo la influencia de diversas ideologías (freudo-marxista, principalmente), tienen lugar a partir de mediados del pasado siglo. Por otra parte la institución matrimonial y la institución familiar se resienten como unidades básicas de la sociedad, entre otras razones, por el gran número de familias rotas a causa del divorcio y de las separaciones matrimoniales. Cualquier persona

conoce de cerca casos de parejas que se casaron muy enamoradas y unos años después se separan al considerar imposible la convivencia. Nadie, en el momento actual, puede esgrimir ya el enamoramiento como garantía de la perdurabilidad del amor. Y esta triste realidad quizás pesa mucho más en la desacreditación del fenómeno psicológico amoroso que toda la teoría que pueda haber en su contra.

Pensar que toda relación hombre-mujer con vistas a formar pareja, matrimonio o familia, deba iniciarse con el sexo, quizás entusiasme a más de uno, pero es muy difícil evitar el rechazo frontal, puesto que son conductas que nos aproximan al comportamiento animal y nos alejan de una conducta que deba ser considerada como auténticamente humana. ¿Se pretende acaso despojar al hombre de su libertad y convertirlo en un ridículo homúnculo dominado por sus instintos? ¿Se le quiere despojar de su capacidad intelectual y reflexiva que le permite discernir sobre las cualidades de sus congéneres? ¿Por qué ese afán de sobrevalorar la actividad sexual? ¿No sería mucho más interesante cultivar la masculinidad y la feminidad acorde con nuestra naturaleza sexuada? Desde el momento en que se considera la sexualidad como un fenómeno puramente biológico, se la desvincula del estrato espiritual de la persona humana, y deja de integrarse en el todo de la personalidad.

Una vez hechas las pertinentes observaciones sobre los inconvenientes del enamoramiento y rechazado de plano un costumbrismo social basado en una indiscriminada y masiva práctica de sexo, llegamos al punto final de este estudio: Primera cuestión: ¿Cómo proceder para una adecuada elección de pareja con vistas al matrimonio? Segunda cuestión: ¿Cómo han de amarse los esposos?

Para una acertada elección de pareja sería necesario deshacerse de esos mitos románticos que hablan del “*encuentro*” en un momento de la vida, con esa persona predestinada (“*el Príncipe Azul*”) capaz de inspirar “*el gran amor de la vida*”. Sin esta ilusa expectativa es casi imposible que alguien pueda experimentar el “*flechazo de Cupido*”, y en consecuencia, cabe esperar que actúe con más cautela antes de llegar a un compromiso serio. Los padres, con su experiencia acumulada a través de los años, deben ser educadores y orientadores de los hijos y estar con sus consejos siempre presentes en los pasos que ellos se dispongan a dar. También corresponde a los padres contrarrestar los factores culturales deformantes. Las lecturas (novelas sobre todo), obras de teatro, películas y series de televisión habrán de ser vigiladas para hacer una crítica oportuna de aquellos contenidos que sean contrarios a la educación proyectada. Hoy proliferan los llamados “*programas del corazón*”, extendidos por prensa, radio y televisión, donde se muestran las conductas de personajes famosos, sin el menor asomo de

crítica, aceptándolo todo, por aberrante que sea, e invitando a su seguimiento. Estos programas por las afirmaciones y comentarios que en ellos se vierten desinforman y crean la confusión en la masa social. En ellos se enaltece el enamoramiento alocado y se aconsejan las convivencias de pareja, transitorias, bajo la fórmula de “*sigue los dictados de tu corazón*”, “*vivid y permaneced unidos mientras dure el amor*”. Es decir, que se guíen como veletas por los sentimientos y bailen a su son veleidoso. Y, ¿cómo no?, los padres y otros capacitados educadores deberán enseñar a los jóvenes el significado más auténtico de la sexualidad humana y su vinculación con el amor, en sus diversas acepciones.

Sería deseable que toda elección de pareja libre y responsable esté respaldada por el asesoramiento y la aquiescencia de la familia, y demás personas del entorno de rectitud y sensatez probadas. Ello supone que en el trance de la elección, la persona no se vea sola, perdida en su individualismo, sino acompañada por quienes desean su bien. Que esta elección se realice a través de la amistad, del compañerismo o de cualquier otro medio poco importa, si se mantienen estos dos requisitos fundamentales: Objetividad y asesoramiento familiar. No hay que caer en la influencia decisiva del elemento paterno-familiar, como en tiempos pasados, felizmente superados, pero tampoco es bueno tomar decisiones, en una cuestión tan importante, de espaldas a todo sabio consejo.

- La elección de pareja para el matrimonio se debe hacer atendiendo a varios criterios valorativos:
- Las bellas cualidades personales que capacitan plenamente para la vida matrimonial y familiar (carácter equilibrado, espíritu de servicio, laboriosidad, honradez, salud física y mental, etc.).
- Simpatía, agrado y atractivo sexual, del uno para el otro.
- Afinidades en cuestiones importantes, (creencias, ideologías, costumbres, cultura, aficiones, etc.).
- Un cierto grado de complementariedad de caracteres, (hablador-escuchador, asertivo-acatador, ofrendoso-receptivo, dominante-dominado, activo-pasivo, fantasioso-realista, etc.), sin que sea necesario que estas diferencias sean muy acentuadas.

La aspiración de todo casado debe ser un amor sin estridencias. Sería absurdo pretender un amor apasionado con toda la idealización y fervor del enamorado, tras una primera etapa de relaciones de noviazgo o tras el casamiento. En cambio es posible vivir feliz en el matrimonio si se sabe llevar

una convivencia pacífica en la que cada parte evita aquello que disgusta a la otra y no se pierde de vista sorprender al cónyuge con pequeños y agradables detalles que hablen a los finos sentimientos. Constituye esta conducta algo así como los pequeños cuidados que toda planta requiere (regar, abonar, podar, etc.) para que no se marchite.

Sobre esa atmósfera grata, de cálido afecto, el “Eros” puede campar a sus anchas. El hombre está necesitado de amor y afecto, porque no es auto-suficiente y se ve indigente; siente la necesidad de completarse, pero no a cualquier precio, sino yendo al encuentro de lo bueno y lo bello. Está obligado a recibir lo que le falta; por eso se llama “*pasión*” al amor, pues una pasión implica una deficiencia; es una confesión de necesidad, de una indigencia que desea y aspira a ser satisfecha a través de otra persona capaz de ofrecer aquello que por nosotros mismos no podemos darnos. Está hambriento de una plenitud que sólo puede recibir de fuera. Y así el ansia de fusión y todas las demás necesidades que nuestra naturaleza sexuada nos pide serán satisfechas sin mayores problemas. Las cualidades propias de la femineidad y de la masculinidad deberán ser cultivadas, de acuerdo con el sexo correspondiente, porque en ellas reside el atractivo que cada esposo despierta en el otro, sin olvidar que tales cualidades atañen tanto al aspecto corporal como a la personalidad.

No debe existir preocupación alguna por el placer orgásmico en la relación de pareja. Eso es algo que cae como fruta madura cuando uno se entrega al juego amoroso “*con pureza de corazón*”, según palabras de Juan Pablo II (1996). Se puede decir que un juego amoroso bien llevado tiene lugar cuando cada uno de los cónyuges se olvida de su genitalidad y goza con la donación que de sí mismo hace al otro, que de igual forma se le ofrece. Interpreto así lo que el mencionado Papa quiso decir con ese “*estar unidos por la conciencia del don*”. O dicho de otra forma: También en el acto sexual se ha de poner de manifiesto el amor altruista (ese amor que tanto escasea en los matrimonios actuales) para que la relación sea realmente placentera.

El amor altruista o de hacer el bien (agape) es un amor que se debe tener hacia toda persona, que por el simple de hecho de serlo merece ser amada. No obstante, ya se comprenderá que, como es natural, no a todas las personas se va a amar por igual. Los esposos, para que su unión sea cada día más sólida, habrán de cuidar muy especialmente esta forma de amarse. Eros y agape deben estar presentes en todo matrimonio de forma permanente, en un “*continuum*”, en el que inevitablemente en cualquier momento se manifestará uno de ellos. Y de igual forma no conviene olvidar que en ciertas edades de la vida predominará uno, y en otras, otro. Quienes creen que amarse el marido y la mujer puede conjugar perfectamente el eros y el

agape, no dudan en la constitución de una unidad que engloba a los amantes, no por una unión física, que lógicamente no la excluye, sino íntima y espiritual, de voluntad compartida, de forma que las propias barreras de la individualidad se diluyen. Por esto R. C. Solomon (1988) definía el amor como el proceso de fusión del propio “yo” con “otro”, creando un “nosotros” autoconsciente. Pero hay que cuidar mucho que el amor mutuo de los esposos no se quede en ellos, en forma de un “egoísmo de dos”, sino que ha de irradiarse a todo el mundo circundante. Teilhard de Chardin (1967) al respecto decía, que el amor entre los cónyuges iba dirigido a formar un centro común, pero no para que cada uno de ellos se concentrara en sí mismo, sino más bien para que el marido y la mujer se descentraran en el otro, y de esta forma sobrecentrarse en un centro mayor, de acuerdo con los designios divinos.

## 6. Conclusiones

1. Los sentimientos amorosos entre un hombre y una mujer han experimentado una evolución a partir del siglo XII, que por las producciones culturales, literatura sobre todo, son bien conocidos y se revisan en este breve trabajo.

2. Durante siglos (Bajo Medievo y Renacimiento sobre todo), los matrimonios de los hijos eran concertados por las respectivas familias y los esposos se amaban por el vínculo sagrado que los unía. Una cosa era el amor esponsal y otra muy distinta que la fantasía se recreara con grandes amores cuyo poderío derribaba obstáculos insalvables, con gestas de fabuloso heroísmo.

3. Pasando el tiempo el fenómeno del enamoramiento fue cada vez más conocido y valorado por la población, de forma tal que ya no sólo se pensaba en él como propio de personajes legendarios, sino como algo posible y hasta deseable en la vida personal. Los hijos se niegan a casarse por una elección hecha por sus padres, porque desean ser ellos mismos quienes elijan a la persona con quien compartir la vida, para amar y ser amados. A partir de aquí surgen con frecuencia amores adúlteros en personas idealistas y fantasiosas que ingenuamente aspiran a encontrar a un “otro” maravilloso, de excelencias incomparables y digno de eterno amor.

4. El enamoramiento durante dos siglos ha sido el medio utilizado para llegar a un compromiso de matrimonio. Aún lo sigue siendo, pero el gran



número de fracasos matrimoniales en aquellos que se decían “*estar locamente enamorados*” desacredita este medio de elección. Por otra parte movimientos ideológicos convergentes animan a una práctica sexual, promiscua, profusa y sin amor; y las parejas empiezan a configurarse atendiendo a estas prácticas deshumanizadas, según el grado de satisfacción que originan.

5. Se propone en este artículo una elección de pareja de acuerdo con criterios objetivos que predigan una convivencia armoniosa, sin despreciar las opiniones paternas, y se invita a los cónyuges a:

1º) Cuidar los pequeños detalles, que son en definitiva los que alfombran la vida cotidiana.

2º) Cultivar, tanto el aspecto sexuado de la personalidad, como los actos sexuales.

3º) Una permanente disposición para la donación generosa.

**BIBLIOGRAFIA**

- ALVAR, C. (1982) "El amor en la poesía española tradicional y en el Romancero". *Revista de Occidente*. Vol 15-16. Págs. 133-146.
- CAFARRA, C. (1992) "*Etica generale della sessualità*". Ares, Milan. pag. 53-54
- CARO BAROJA, J. (1989) "*De los arquetipos y leyendas*" Ed. Circulo de Lectores. Barcelona.
- FERRAND, J. "*Melancolía erótica*". (1610). Edición de la Asociación Española de Neuropsiquiatría. 1996. Madrid.
- FISHER, H. (1992). "*The anatomy of love*". W.W. Norton. Nueva York.
- FREUD, S. (1921). "*Psicología de las masas*". Obras completas. Vol. I. Capítulo VIII. Ed. Biblioteca Nueva. Madrid. Ed. de 1967.
- JUAN PABLO II. (1996) "Varón y mujer. Teología del cuerpo". Ed. Palabra. Madrid.
- O'NEILL, N Y O'NEILL, G ( 1972). "*Open marriage*". M.Evans & Co. Nueva York.
- ORTEGA Y GASSET (19126) "Nota sobre el Amor Cortés". "*El Sol*". 29-7-192 (1939) "*Estudios sobre el Amor*". Alianza editorial. Madrid. (Ed. de bolsillo del 2002)
- GARCÍA GUAL, C. (1982) "Amores de Lanzarote y de la reina Ginebra". *Revista de Occidente*. Vol. 15-16.Págs.115-132.
- HENDRICK, C. Y HENDRICK, S. (1988). "Lovers wear rose colored glasses". *Journal of Social and Personal Relationships*. 5.Págs. 161-183.
- MARAÑÓN, G. Obras Completas. Tomo VIII. Espasa-Calpe. Madrid. Ed. de 1972. Pag 281-282.
- MARÍAS, J. (1992) "*La educación sentimental*". Alianza Editorial. Madrid. Pag 88.
- MARINA, J. A. (1996). "*El laberinto sentimental*". Ed. Anagrama. Barcelona.
- MASTER & JONSON. (1977). "El vínculo del placer". Ed. Grijalbo. Barcelona. (1976) "Incompatibilidad sexual humana". Ed. Inter.-médica. Buenos Aires.
- MORA, J. M<sup>a</sup> "Comprensión del enamoramiento". *Rev Cauriensia*. Vol II, 2007. pag. 363-388.
- ROJAS, E. (1997) "*El amor inteligente*". Temas de Hoy. Madrid.
- ROUGEMONT, D. (1938) "*El amor y Occidente*". Kairós. Barcelona.1978
- SANGRADOR, J. L. (1993). "Consideraciones psico-sociales sobre el amor romántico". *Psicothema*,
- SOLOMON, R. C. (1988). "*About love*". Simon & Schuster: Nueva York. (ST, I-II, 26,2).
- STENDHAL, "*Del amor*". Alianza Editorial. Madrid. Ed de1973.
- TEILHARD DE CHARDIN, P. (Ed. de 1997) "*Sobre el amor y la felicidad*". Ed. PPC. Madrid.
- WOJTYLA, C. (1969) "*Amor y responsabilidad*". Razón y Fe. Madrid. (Ed. de 1979) Pag 121.
- YECLA, C. (2000). "*El amor desde la Psicología Social*". Pirámide Madrid.